

GIANNI LA BELLA (ed.), *Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*. Ediciones Mensajero y Sal Terrae, Bilbao Santander, 2007, 1077 pp. ISBN: 979-84-271-2832-3

Este inmenso libro de más de mil páginas será en adelante imprescindible para quienes deseen conocer la figura y el mensaje del P. Pedro Arrupe. El profesor Gianni La Bella, que ha dirigido y coordinado el libro, afirma que no es una biografía, sino una primera recogida de materiales para una reconstrucción más analítica y completa de la historia personal de Arrupe y de su obra (p. 50). Es evidente que no puede esperarse una biografía clásica en una obra que ofrece 27 trabajos (incluyendo la introducción) escritos por 24 autores; y que son inevitables las repeticiones de los mismos acontecimientos en no pocos capítulos, pues, aunque los temas sean distintos, no pueden entenderse sin la referencia a los hechos fundamentales. Pero, por encima de la diversidad de temas y estilos, todos los autores han enfocado sus trabajos hacia el mismo objeto y han construido una visión bastante unitaria sobre la biografía de Arrupe. El equipo de autores no se ha limitado a aportar materiales yuxtapuestos, pues con ellos ha logrado construir una biografía peculiar, un cuerpo unitario desde un enfoque plural.

Esta biografía plural ha sido posible, desde luego, gracias a la acertada coordinación del profesor La Bella en la elección de los autores y el reparto de los temas. A los 24 autores les une la indisimulada simpatía por Arrupe. Simpatía que, en este caso, se compenetra con una información segura (basada en documentos y en recuerdos personales) y con el propósito de buscar la verdad.

El editor parece distinguir dos clases de colaboradores: los «historiadores de profesión», y los «protagonistas de los hechos y los acontecimientos». Las dos modalidades aparecen, a menudo, mezcladas en los autores del libro. Esta doble vertiente —documental y testimonial— se habría mostrado de forma más expresiva si, en la lista de los autores (pp. 9-11), se hubiera indicado no sólo el cargo que ahora tienen, sino el que desempeñaron durante el generalato de Arrupe. La lista otorga el título de historiador a once autores que, unidos a dos vicerrectores, arrojan un alto saldo de profesores universitarios. Hay que añadir los cinco colaboradores que son calificados simplemente como escritores. Las investigaciones históricas de profesores y escritores (basadas en el estudio de documentos) se completan con los recuerdos testimoniales de «los protagonistas de los hechos». Aunque no se dice en la lista, buena parte de los autores han sido colaboradores estrechos del P. General, pues han tomado parte en las congregaciones generales, han colaborado en el gobierno como provinciales y consejeros, han escuchado directamente sus confidencias, le han acompañado en sus viajes o le han asistido en sus últimos días. En el equipo de autores abundan los jesuitas, pues lo son todos menos dos seculares (La Bella y Delumeau). La abundancia de jesuitas se compensa teniendo en cuenta que la iniciativa del libro partió del coordinador seglar, y se puede justificar por el mejor conocimiento que los miembros de la Compañía pueden tener, desde dentro, de las intrincadas estructuras de la orden. Se echa de menos, en cambio, a una mujer entre los autores. En cuanto a la nacionalidad de éstos, hay mayoría de españoles (casi la mitad); aunque todos los continentes están representados en las once naciones de las que proceden.

El gran número de temas y la diversidad de métodos y estilos denotan la complejidad de la obra. En ella se dan cita toda clase de géneros expositivos: desde las narraciones directas hasta los análisis conceptuales, desde las historias acotadas por tiem-

pos y lugares hasta las valoraciones globales de la vida y obra del personaje, desde la revelación de sus actitudes espirituales más íntimas, hasta la historia de instituciones que parecen ajenas al individuo.

A este último género —historia institucional— corresponden los capítulos 3 y 4, dedicados, respectivamente, a la Congregación General 31 que puso a Arrupe al frente de la Compañía el 22 de mayo de 1965, y a la Congregación General 32, reunida diez años más tarde, que reafirmó la línea de renovación en plena crisis postconciliar. Urbano Valero, insigne jurista, ha escrito la historia de la primera de esas congregaciones. La historia de la segunda es obra de Alfonso Álvarez Bolado, que fue elector en ella y promotor muy activo de su famoso decreto 4.º Los dos autores han elaborado verdaderas monografías, basadas en fuentes de primerísima mano, entre las que se destacan las actas de las congregaciones. El enfoque del primero es nuclear y orgánico; el del segundo es analítico y rigurosamente ajustado a la cronología.

Puede parecer excesivo el espacio que se concede a estas dos historias institucionales, que ocupan casi la cuarta parte del libro (pp. 139-355), y acaso haya pasajes descritos con excesiva minuciosidad. La importancia y complejidad de las dos congregaciones justifica, sin embargo, la extensión que se les ha concedido, pues en ellas se entrecruzan tres aspectos que no pueden desconectarse: la Compañía renovada, la actuación del P. General y la intervención de la Santa Sede. A todos estos aspectos se atiende debidamente. Las congregaciones 31 y 32 son las dos columnas de la Compañía renovada. Allí se elaboran los decretos que marcan los cambios y el espíritu que los anima. La vida de Arrupe, su gobierno, su magisterio y su espiritualidad seguirán en adelante la ruta que le trazaron estas congregaciones, a las que él inspiró con su capacidad de liderazgo y a las que se ajustó con fidelidad absoluta. El programa de la renovación acomodada suscitó las esperanzas y temores que Pablo VI manifestó ya en 1965, y volverá a mostrar, con más temores que esperanzas, durante la segunda congregación. Con los cambios vinieron los conflictos, y con ellos el sufrimiento de un P. General que parecía atrapado entre dos fidelidades, respetando la libertad de la congregación a la que debía obedecer, y rindiéndose humildemente a la voluntad del Vicario de Cristo.

El conjunto de los trabajos no impide, como se ha dicho, la unidad de esta biografía plural. Utilizando la numeración de los capítulos que aparece en el sumario (pp. 8 y 9) y en el índice final (pp. 1067-1077), las aportaciones a la vida de Arrupe se pueden distribuir en cuatro bloques: 1.º etapas de su vida expuestas con criterios fundamentalmente históricos (Capítulos 1, 2, 3, 4, 21, 22 y 23); 2.º enfoques de su gobierno desde las diversas áreas geográficas (Capítulos 5 a 13); 3.º análisis de su magisterio en distintos campos (Capítulos 14 al 20); y 4.º semblanzas de su personalidad en síntesis globales (la Introducción y el Capítulo 25) y en retratos de su carácter (Capítulo 26) y de su vida interior (Capítulo 24). Hagamos un breve recorrido de estas aportaciones.

Los capítulos que recorren las etapas fundamentales de la vida de Arrupe ofrecen el entramado histórico en el que descansa toda la obra. Los años juveniles han sido estudiados por J. M.ª Margenat en el capítulo *De Bilbao a Japón (1907-38)*, donde se nos recrea el ambiente de su familia burguesa y católica, el paso por el colegio de los escolapios y la congregación mariana (en cuya revista hace sus pinitos literarios), el éxito en los estudios de Medicina, el impacto que le producen las visitas a los pobres

y la llamada de la vocación vivamente sentida en Lourdes. J. M.^a de Vera es autor del capítulo *Misionero en Japón*. Este autor, que fue compañero de Arrupe en esa misión, describe las luces y sombras del misionero entusiasta, que se identifica con el pueblo evangelizado, al que se entrega del todo, superando las limitaciones que le impone una cultura extraña. Fue un superior y provincial emprendedor y animoso, aunque ya entonces su manera de gobernar suscitó críticas y exigió el envío de un visitador.

La biografía de Arrupe cobra un nuevo sesgo desde su elección como General. De la importancia de las congregaciones 31 y 32 en la vida y acción del P. Arrupe se ha hablado anteriormente. Tenía que gobernar en una Compañía renovada e inquieta, en una Iglesia sacudida por el concilio y en un mundo totalmente transformado. El impacto de estos retos ha merecido un largo, vehemente y bien documentado capítulo de Gianni La Bella: *La crisis del cambio*, en el que explica la «revolución» causada por la Congregación General 31 y replantea, como otros autores, si los cambios de la Compañía constituyeron una reforma o una refundación de la misma. El gobierno de Arrupe se desarrolló desde el principio entre el consenso de la mayoría y el desafío de dos minorías insatisfechas. La oposición conservadora se manifestó sobre todo en la «rebelión española». El autor ha tenido acceso a una documentación privilegiada (como el Archivo del Provincial de España) que le ha permitido añadir datos y precisiones sobre las iniciativas de los jesuitas contrarreformistas. El intento de formar una provincia separada, con apoyo de no pocos obispos, no recibió el respaldo de Pablo VI, alarmado por la dimisión en bloque que presentaron los provinciales españoles en marzo de 1970. Sin embargo, las denuncias ante el Vaticano tuvieron su efecto en los avisos y recelos del Papa y del cardenal Villot al General, antes, durante y después de la Congregación 32. Arrupe sufrió mucho al recibir unas críticas que, a menudo, eran acogidas en el Vaticano con excesivo crédito. Sin embargo, para una comprensión correcta de los acontecimientos no se puede soslayar el estado alarmante que mostraba la Compañía de aquellos años en algunos sectores, especialmente en España. La exageración de algunas críticas no significaba que no tuvieran parte de verdad. Por otra parte, no se puede presentar el movimiento contrarreformista como un fenómeno uniforme, ni se debe confundir al grupo de jesuitas que intentaron implantar unas reformas por vías legales (informes a la Santa Sede y a la Congregación General) con el grupúsculo de los exaltados «jesuitas en fidelidad» que, a partir de 1973, actuaron desde la clandestinidad propagando falsedades y calumnias.

Las suspicacias y desconfianzas del Vaticano prosiguieron tras la muerte de Pablo VI. Por eso la salida de la crisis culminó en el episodio más doloroso, aunque explicable dadas las circunstancias: *La dimisión del Padre Arrupe*. Manuel Alcalá ha desmenuzado este asunto en un capítulo espléndido, en el que sigue con precisión cronológica todo el proceso de la dimisión, que arranca en septiembre de 1979, cuando Juan Pablo II repitió las quejas que su antecesor quiso comunicar a los jesuitas. Arrupe encontró a un papa distante y lacónico, que no daba respuesta a sus deseos de dimisión. Después vino el «canto del cisne» en Bangkok, la trombosis en Fiumicino, la interrupción del proceso normal para la elección de un nuevo General y el nombramiento excepcional del P. Dezza como delegado con plenos poderes, que de hecho ponía fin al generalato de Arrupe, aunque su cese se realizó el 3 de septiembre de 1983 cuando la congregación general 33, aceptó su dimisión con agradecimiento y profunda emoción.

Le quedaban largos años hasta consumir el cáliz en el silencio de la enfermería. El P. Ignacio Echániz nos ha dejado una crónica preciosa, que titula con la frase evangélica: *Si el grano de trigo ...*, y describe las etapas de la enfermedad y muerte de «Don Pedro», desde la triple entrega ignaciana de mi libertad, mi entendimiento, todo mi haber y poseer.

El segundo bloque de trabajos completa la biografía de Arrupe desde perspectivas geográficas. En concreto se estudian las medidas de gobierno y los viajes del P. General en África, América Latina, Centroamérica, Asia, India, Europa Occidental y Oriental, y Estados Unidos. El conjunto de estos trabajos confirma la asombrosa capacidad mediática del General viajero, que buscaba el contacto directo con los jesuitas y los cristianos de todo el mundo. Sus viajes visualizan la extensión planetaria de la Compañía, y al mismo tiempo demuestran que la renovación y el cambio adquirirían imposiciones distintas en las diversas regiones. En cada escenario geográfico la evangelización planteaba problemas distintos y exigía soluciones diferentes.

El bloque de capítulos geográficos comienza en *África*, con un bello artículo de Simon-Pierre Metena M'nteba, un africano que no conoció a Arrupe, y ha sido provincial de África Central. Arrupe favoreció la creación de nuevas estructuras que sustituyeron a las misiones «coloniales» dependientes de las provincias europeas y norteamericanas y organizó la formación de los jesuitas jóvenes con mayor integración en su medio local. De ese modo fomentó la «africanización» de la Compañía, que es ya una realidad. Siempre demostró su cercanía y compasión con el continente negro, donde puso en marcha el servicio de refugiados, tan necesario para aliviar el dolor de los desplazados por unas guerras crueles.

Hay dos capítulos dedicados a Hispanoamérica. Alberto Gutiérrez es el autor de un artículo general sobre *América Latina*, en el que, tras describir los rasgos del catolicismo de aquellos países en un continente lleno de desigualdades, destaca los momentos capitales de la intervención de Arrupe: la carta a los provinciales señalando la primacía del apostolado social (12 de diciembre de 1966); la carta en unión de los mismos provinciales en mayo de 1968, en la que se reafirma el compromiso con los pobres; su presencia animosa en la conferencia de Medellín (1968) y cautelosa en la de Puebla (1979), donde un Arrupe amable y sincero tuvo que responder a las acusaciones contra los jesuitas liberacionistas. La promoción de la justicia y la opción por los pobres fue la iniciativa principal de aquellas provincias y fue en ellas donde su aplicación produjo mayores problemas. Esta realidad queda bien explicada en el capítulo dedicado a *Centroamérica: historia de una pasión*, escrito por J. M.^a Sariego con rigor histórico, bibliografía completa y buen conocimiento de la región. En medio de luchas políticas entre dictaduras y revoluciones, los jesuitas liberacionistas propagaron ideas y prácticas que provocaron divisiones y tensiones entre sus mismos compañeros. El precio de la lucha por la justicia fueron persecuciones y martirios (Rutilio Grande, asesinado en 1977 no fue ni la primera ni la última de las víctimas, como puede verse en el apéndice, pp. 1061-1065). Arrupe no es el superior al que le llegan de lejos estos problemas. Es el compañero que anima a realizar cambios sociales y apoya a los que sufren persecuciones injustas o interpretaciones tendenciosas. Pero al mismo tiempo muestra una postura crítica frente a la revolución y denuncia las actitudes anticristianas del marxismo.

En otros continentes el panorama era totalmente distinto. Andrew Hamilton ha escrito el trabajo sobre *Asia*, bien planeado, en el que explica la evolución de la Compañía en un territorio tan inmenso, con situaciones tan distintas como China y Filipinas. Los cambios políticosociales después de la segunda guerra mundial significaron la expulsión de los misioneros de China, la confrontación con el comunismo y el surgimiento de naciones independientes con un fuerte nacionalismo cultural. Arrupe, que conocía por experiencia esos cambios, ofreció soluciones atinadas. En primer lugar, una reorganización territorial y administrativa adecuada, pasando de misiones dependientes a territorios independientes (viceprovincias, provincias, regiones) que culminan con la creación de la Asistencia de Asia. En segundo lugar, el fomento de la identidad de los jesuitas con aquellas regiones, de manera que se identificaran con sus culturas. Con ello se fomentaba la universalidad de la misión de la Compañía, superando el viejo concepto de misiones extranjeras. Por último, se orienta la acción social con nuevas perspectivas, en las que al final no domina tanto la oposición al comunismo cuanto el fomento de los derechos humanos. El resultado ha sido un modo de actuar que ha sabido unir la tradición y la renovación (fe y justicia, cristianismo y creencias, educación y pastoral), y ha realizado una labor admirable con los refugiados de Vietnam, Camboya y Laos.

La India es uno de los países donde la Compañía ha experimentado mayor crecimiento, y al mismo tiempo es una encrucijada de culturas y religiones. Por eso, la preocupación más acuciante que allí tiene la Compañía es el decreto 5.º de la congregación 32. Arrupe instó constantemente a encarnar la vida cristiana en la forma de vida de un pueblo concreto. El artículo de Rudolf C. Heredia sobre *la India* comienza con una semblanza del P. General como hombre universal, que da directrices sobre la inculturación y la aplica en el terreno donde mejor podía realizarse la encarnación del cristianismo en las culturas y en el pueblo.

En el viejo continente el panorama es más desdibujado y problemático. Jan Kerkhofs pasa revista sobre todo a las crisis de la Compañía en *Europa*, donde la caída de vocaciones y la disminución de efectivos humanos se refleja en la concentración de estructuras administrativas. Entre los conflictos se recuerda la crisis de Holanda y los problemas de algunas revistas con la jerarquía. Arrupe se veía obligado, en este caso, a defender la libertad de los autores y el respeto a la jerarquía: «comprendía muy bien que esta doble actitud era un ejercicio de funambulismo» (p. 525). Da la sensación de que la Compañía se veía desbordada y desanimada en Europa. El General se mostraba siempre atento a sus problemas y procuraba reanimarla con «interpelaciones», como llama el autor a las numerosas intervenciones de Arrupe con motivo de los más variados acontecimientos.

El ambiente que rodeaba a los jesuitas de *Europa Oriental* era totalmente diferente. El telón de acero ponía a la asistencia eslava en una situación «crucificada», según Petar Galauner. Su colaboración es un trabajo narrativo, que describe bien la situación de una Compañía perseguida, aunque con intensidad variable, pues en Croacia, Eslovenia y sobre todo en Polonia podía moverse con relativa facilidad, mientras en Bohemia, Eslovaquia y Rumanía los jesuitas estaban dispersos o encarcelados. Resulta emocionante el relato de las visitas que Arrupe hizo a esas comunidades, el mensaje que les dejó y el consuelo que les infundió: «de él irradiaba algo que enriquecía a todos en efectos duraderos» (p. 561). Las duras pruebas sufridas en los países del

Este bajo los regímenes comunistas explican la desconfianza con que recibieron las reformas de las últimas congregaciones: «no queríamos perder ligeramente, con reformas apresuradas, lo que habíamos defendido con tanto sacrificio». Los contactos de Arrupe con Europa Oriental se completan con el delicioso relato de Miguel Arranz: *Contactos con la Iglesia Ortodoxa Rusa*. El que fue acompañante e intérprete de Arrupe en sus viajes a Rusia en 1971 y 1973 nos cuenta los pormenores de aquel viaje y nos describe la personalidad mística y pintoresca del patriarca Nikodin, que quería fundar una rama de la Compañía en su Iglesia, y murió una semana después de haber hecho diez días de Ejercicios en Villa Cavalletti, durante la audiencia con el papa Juan Pablo I.

El capítulo dedicado a los jesuitas norteamericanos, escrito por James F. X. Pratt, lleva un título programático: *Pedro Arrupe, catalizador de la reforma en los Estados Unidos*. El autor se propone demostrar la influencia que allí tuvo en los cambios *ad intra* (en la renovación de la Compañía durante el período 1965-72) y *ad extra* (en los que enfoca sus actividades hacia el mundo, en el período 1973-83). El autor escoge como puntos de referencia para su análisis algunos discursos y cartas importantes de Arrupe en USA. Para el primer período la charla en el viaje a Nueva Inglaterra (abril de 1966, con el tema de la educación) y la carta sobre el racismo (noviembre de 1967). Para el segundo período los discursos en Filadelfia (julio de 1976 sobre la colaboración con los laicos), y el simposio sobre el hambre, interpretado como hambre de pan y evangelio, de fe y justicia, que no se logra cambiando las estructuras sino las personas. El autor acompaña estos análisis con datos sobre los nuevos jesuitas americanos, que denotan la envergadura de unos problemas que se convertían en pronósticos alarmantes, mientras la fama del General se ganaba la portada del *Time* (23 de abril de 1973), que le situaba en la agitada vanguardia del catolicismo (trouble front line).

El tercer bloque de colaboraciones lo forman varios trabajos que analizan el pensamiento y las enseñanzas de Arrupe sobre cuestiones teológicas y comportamientos morales. El conjunto de estos estudios nos confirma la importancia del «corpus» doctrinal de Arrupe, por la abundancia de sus manifestaciones (artículos, cartas, discursos, alocuciones, conferencias, sermones, pláticas, charlas, entrevistas, etc.), la variedad de sus contenidos y la calidad de sus mensajes. En general, las enseñanzas de Arrupe ofrecen una teología actualizada y una espiritualidad comprometida. Su doctrina es sólida y jugosa. Aunque muchas de sus obras se dirigen a los jesuitas y se nutren de la espiritualidad ignaciana, todas contienen mensajes inteligibles e interpelantes para el hombre de hoy. En el libro se han escogidos algunos grandes temas de la doctrina arrupiana de carácter teológico, ascético, sociopolítico y cultural. Los autores son especialistas que interpretan con perspicacia los textos arrupianos. Estos trabajos demuestran las posibilidades de investigación que ofrece el magisterio arrupiano. Aquí se ofrece un muestrario valioso, pero es claro que quedan otros temas, como la enseñanza, que merecen estudios monográficos.

El profesor Santiago Madrigal es un eclesiólogo que conoce a fondo la espiritualidad ignaciana, factores que le ayudan a interpretar con profundidad el pensamiento teológico de Arrupe en *Su sentido de Iglesia «siguiendo la estela del Concilio Vaticano II»*. El artículo coordina los textos dispersos en los documentos arrupianos más importantes, donde las ideas sobre Dios, Iglesia, Cristo, misión, mundo moderno, carisma adquieren unidad y dinamismo. Es una eclesiología orientada a la misión en

el mundo moderno y a una vida espiritual que conduce al apostolado. Esta visión global de la doctrina arrupiana ayuda a entender los artículos siguientes, dedicados a temas más concretos.

Manuel Alcalá trata de *Pedro Arrupe y la vida religiosa del postconcilio* ensamblando la historia y la doctrina, es decir, situando sus enseñanzas sobre la vida consagrada en los momentos claves del generalato. El autor comienza analizando el texto conciliar «Perfectae Caritatis», y recuerda las crisis que pusieron en duda la autoridad de Arrupe. Sin embargo, los superiores religiosos le eligieron cinco veces reiteradamente como presidente de la Unión de Superiores, lo que le permitía asistir a las asambleas de éstos y a los sínodos de los obispos. El autor, especialista en los sínodos, estudia las intervenciones del General, que representaba a los religiosos en temas tan importantes como el sacerdocio, la justicia, la evangelización y la catequesis. Sus discursos en la asamblea de superiores en mayo de 1974 sobre la actualidad y el futuro de la vida religiosa «no apoya la acusación de los que tachaban a Arrupe de ingenuo y de desconocedor de la realidad religiosa de su entorno» (p. 695). Las tres intervenciones que tuvo en el CIS sobre la espiritualidad ignaciana (años 1979, 1980 y 1981) equivalen a su testamento espiritual, que culmina en la devoción al Sagrado Corazón.

Elías Royón se ha encargado del capítulo dedicado a *Su modo de gobernar*, en el que analiza las características de su gobierno y las directrices de su magisterio escrito sobre el mismo. Según el autor, Arrupe procuró imitar el modo de gobierno ignaciano, partiendo del análisis de la realidad (que explica la encuesta del Survey) y fomentando el discernimiento comunitario para lograr una obediencia renovada en la que el cuerpo para la misión se compagine con la atención a las personas. El nuevo arte de gobernar, y su mayor dificultad, estaba en la «persona» que tiene que obedecer y que mandar.

En el legado doctrinal de Arrupe no podía faltar su pensamiento y aportación sobre *la justicia*. De ello trata el artículo de Matías García. El decreto 4.º de la congregación 32 sobre el servicio de la fe y la promoción de la justicia ha tenido una gran repercusión en toda la Iglesia. El autor no se detiene en la explicación de este conocido decreto, sino que realiza un recorrido minucioso de las numerosas intervenciones de Arrupe sobre el compromiso social o temporal. El encuadre cronológico arranca de la congregación general 31 y se distribuye en cuatro etapas que ayudan a comprender la frecuencia e intensidad con que el General promovió la implantación de la justicia. Que las teorías no quedaron en el aire se demuestra en el relato que Michael Campbell-Johnston dedica al *Servicio a los Refugiados*. Es un relato testimonial y sencillo, que nos cuenta cómo nació aquel servicio en septiembre de 1980 por iniciativa de un Arrupe conmovido por la tragedia de los prófugos del mar. Y que la lucha por la justicia había de convertirse en cruz y crear malentendidos se confirma con *La carta sobre el análisis marxista*, comentada por Francisco Ivern, que sitúa el documento en su contexto. Cuando salió la carta (diciembre de 1980) la teología de la liberación había iniciado su declive. Indica Ivern que Arrupe no toma una posición equidistante entre marxismo y liberalismo capitalista, pues critica igualmente todos los sistemas injustos, por lo que puede tener aplicación en la actualidad contra el neoliberalismo.

Entre los artículos doctrinales el trabajo de Jean-Yves Calvez, *Diálogo, Cultura, Evangelio*, es una pieza valiosa por la relevancia del autor y su cercanía con Arrupe,

del que fue asistente general, con el que convivió 13 años. En una nota final el autor pide perdón al lector «si tiene la impresión de excesivo entusiasmo en algunos pasajes de esta contribución a una investigación histórica» (p. 828). No hay motivo para el perdón, y sí en cambio de gratitud al P. Calvez por su excelente aportación en un tema expuesto con altura intelectual y cercanía cordial. Aparece un Arrupe que evoluciona hacia posiciones cada vez más abiertas y comprensivas con otras creencias y culturas. A la tensión primera frente al ateísmo sucede el contacto con la increencia, el diálogo con la secularidad, la asimilación de todas las culturas, la práctica de la «inculturación», un término que el General adopta enseguida para expresar la encarnación del mensaje cristiano en un área cultural concreta.

El cuarto bloque del libro lo constituyen cuatro semblanzas globales sobre la personalidad del P. Arrupe. Al principio y al fin de la obra se nos ofrecen dos valoraciones generales sobre su personalidad, un retrato de su carácter y una silueta de su vida interior. El profesor La Bella, en la gran *Introducción* al libro, nos hace un retrato al claroscuro, que incita al lector a descubrir la historia de un hombre fascinante y problemático. Un hombre formado a la antigua que se acomoda al mundo moderno, un jesuita ignaciano que reconvierte la Compañía, un hombre de Dios buen conocedor del tiempo en que vive. Ha recibido calificaciones que parecen contrarias: es pragmático, comunicador, abierto a la prensa, y al mismo tiempo idealista, visionario e intuitivo. Sobre él han caído opiniones contradictorias. Los cambios que motivaron las alabanzas engendraron también crisis y divisiones, que explican las reticencias de Pablo VI y Juan Pablo II. De todo ello da buena cuenta el introductor de la obra. Una parecida valoración general nos ofrece Jean Delumau que presenta la figura de Arrupe como *Un profeta*, resumiendo en ese título un juicio histórico sobre su extraordinaria influencia en el siglo xx: «quedará siempre como un faro para nuestro tiempo» (p. 1036).

Francisco Ivern convivió once años con Arrupe, por lo que la semblanza que hace en *El hombre que yo conocí*, tiene la frescura del testimonio directo. Su carácter queda bien dibujado en once pinceladas certeras, sazonadas con anécdotas sabrosas.

La última silueta, la más delicada y misteriosa, es la que nos proporciona Ignacio Iglesias en *Aportaciones a su biografía interior*. Viene a ser este artículo como el alma de todo el libro, pues la vida interior es la que da sentido a la vida exterior del P. Arrupe, a sus acciones y enseñanzas. Las pistas de esa biografía se encuentran en los escritos más íntimos de Arrupe, en sus oraciones y confidencias, en sus notas personales tomadas en Ejercicios y acaso en sus escritos en japonés, pendientes todavía de interpretación. Una página de las notas de sus primeros Ejercicios como General, escrita el 6 de agosto de 1965 (p. 979), contiene la esencia del voto de perfección. El autor de este artículo, profundo conocedor de la espiritualidad ignaciana, analiza el contenido de aquel voto que practicaron Santa Teresa y otros jesuitas de la Compañía antigua y restaurada. Otros textos espirituales de Arrupe permiten seguir la cronología de una vida interior entregada a la voluntad de Dios: la oración que comunica a su amigo Iturrioz en noviembre de 1933 (durante la tercera probación, que parece es el momento en que hizo el voto), la carta desde Hiroshima en febrero de 1939, el momento antes recordado de los Ejercicios de agosto de 1965, cuando el golpe de timón que recibió su vida significó una especie de segunda conversión con una respuesta plena y entusiasmada, y el último acto público, con las palabras de su dimisión el 3 de septiem-

bre de 1983. El P. Iglesias, portavoz de estas últimas palabras, nos ha desvelado en este artículo la luz interior que ilumina toda la biografía de Arrupe.

Los directores de las editoriales Sal Terrae y Mensajero han escrito unas líneas de presentación (p. 13) en las que se hace notar la categoría del P. Pedro Arrupe (protagonista de la renovación de la vida religiosa, artífice de la renovación conciliar de la Compañía) y su discutida acción de gobierno, que suscitó valoraciones opuestas (fue testigo profético y signo de contradicción, en palabras de su sucesor). Se asegura además que los trabajos presentados en este libro han liberado la historia del generalato de Arrupe de una especie de «marginación» que lo ha acompañado después de su muerte.

El libro contribuye, sin duda, a conocer y valorar mejor la figura de una de las personalidades más significativas del catolicismo del siglo xx. Es un libro importante que debe ser el principio de una investigación que debe continuar los campos desbrozados e incluso explorar otros nuevos. Es un libro sugestivo que plantea interpretaciones históricas, como corresponde a la época fronteriza en la que se desarrollan los sucesos. Podría discutirse si Arrupe era tan innovador como le pintan, habida cuenta de que se formó en la Compañía «restaurada», de la que procuró conservar las mejores tradiciones y devociones. A menudo el deseo de conectar directamente al P. Arrupe con San Ignacio ha llevado a saltarse toda la historia de la Compañía intermedia, y a extremar la pintura negativa de los jesuitas anteriores al Concilio. El P. Arrupe distinguía muy bien lo esencial y lo accesorio en estos jesuitas a los que siempre estimó, pues reconocía que en ellos «estuvieron siempre vivos y operantes no sólo sus elementos fundamentales (de nuestro modo de proceder) que componen el carisma, sino las opciones fundamentales y las actitudes básicas que son su obligada consecuencia» (*La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Santander 1981, p. 66).

Podrá discutirse también la «marginalidad» histórica a que se le ha sometido. Sería una injusticia que persistiera, si es que se dio en algún momento. La esencia de la santidad es siempre la misma, aunque sus modelos de expresión son distintos, como lo demuestra la tipología de los santos en la Historia de la Iglesia. El P. Arrupe representa un modelo de santidad atractivo e inteligible para los cristianos de hoy. Es, como se ha dicho, un profeta de nuestro tiempo.

MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ

DEPARTAMENTO DE PENSAMIENTO SOCIAL CRISTIANO: *Una nueva voz para nuestra época (Populorum Progressio, 47)*. Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 2006, 3.ª edición, LIV+741 pp.+CD-ROM.

Este libro, que acaba de aparecer en su 3.ª edición, es el resultado de un trabajo de varios años de experiencia. Es la obra de un equipo de profesores de la Universidad Pontificia Comillas, encargados de transmitir el pensamiento social cristiano. Se trata de proponer la Doctrina Social de la Iglesia, que tiene mucho que decir a los cristianos, y a los hombres y mujeres de buena voluntad, en este mundo globalizado en plena transformación en el que la pobreza no parece disminuir, pese al crecimiento